

CRONICA LITERARIA

por Almagro Santander

"DIEZ ROMANCES DE AMOR", SELECCION DE MAURICIO AMSTER. EDITORIAL UNIVERSITARIA. SANTIAGO DE CHILE, 1975. La gente de hoy vive de prisa. Ya ni siquiera hay tiempo para escribir bien, con letra bonita y legible. En las escuelas han suprimido, lamentablemente, las clases de caligrafía. Las cartas de amor no deben tener el encanto de esas cartas de nuestro tiempo, hechas con una letra delicada y amable, realizadas con cautivante cuidado. Las de hoy, deben ser horrosas, llenas de manchas y desaliños.

Todo esto viene a los sentidos cuando vemos estos romances de amor, escogidos y calografiados por Mauricio Amster con esa maestría tan escasa en Chile, que posee nuestro magnífico diagramador, calígrafo excepcional que ya nos ha deslumbrado con varios libros de este tipo, donde no se halla qué admirar más: si la belleza de los textos o la hermosura de la caligrafía.

"Diez romances de amor" están ilustrados con xilografía del siglo XVI y con tienen una nota bibliográfica de Julián Calvo, quien entrega una detallada historia de estos romances a través de distintas antologías y diferentes antólogos que se han preocupado de tan significativo género. Cuando se ocupa de los primeros romances seleccionados por Mauricio Amster, escribe: "Proceden estos romances, más o menos directamente, de aquella humilde literatura de cordel que en el siglo XVI tanto contribuyera a la difusión de la lírica española. El "Romance de una gentil dama", el "Romance de la amiga muerta" y el que comienza "Rosa fresca, rosa fresca" han sido trasladados de un pliego que contiene diez maneras de romances y sus villancicos" modernamente transcritos por Antonio Rodríguez Moñino en sus *Cancionerillos góticos* (Valencia, Castalia, 1954)."

El libro de Amster contiene los siguientes romances: Romance de una Gentil Dama y un Rustico Pastor, Romance de la Guinalda, Romance de la Hija del Rey de Francia, Romance de la amiga muerta, Rosa Fresca, Rosa Fresca, Segundo Romance de Lanzarote, Ma de Amores, La Misa de Amor, Amor Eterno y Las Bodas en Francia.

Cuando leemos estos bellos poemas, no nos damos cuenta que nos estamos sumiendo en la lectura de romances escritos hace cuatro siglos. Tal la frescura y el donaire de estos versos de tan deliciosa expresión, tan bien configurados dentro de un marco de estricta ternura: tal sucede, por ejemplo, con el ro-

mance que comienza "Rosa fresca, rosa fresca", de una lozania maravillosa:

"Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando yo's tuve en mis brazos
yo vos supe servir, no,
y agora que os serviría
no vos puedo yo haber, no.

—Vuestra fue la culpa, amigo,
vuestra fué, que mía no,
enviáteme una carta
con un vuestro servidor
y en lugar de recabdar,
él dijera otra razón:
qu'érades casado, amigo,
allá en tierras de León:
que tenéis mujer hermosa
y hijos como una flor.

—Quien os lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, non,
que yo nunca entré en Castilla,
ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño
que no sabía de d'amor."

Decíamos que a cuatrocientos años de su creación, estos romances guardan esa claridad y esa fábula celeste de su encuentro musical con las palabras. Todo se vuelve aquí transparencia y encantamiento, a la par que la poesía sigue guardando, para felicidad de sus conmitantes, esa riqueza interior que hace florecer y reflorecer de acuerdo con las épocas que le corresponde vivir en su vasta armonía.

Si volvemos la vista a la literatura española y repasamos sus edades más sobresalientes, siempre encontraremos al romancero en su alta y efectiva contribución a la gran lírica hispana. Y no basta retroceder demasiado en el tiempo, para familiarizarnos, verbigracia, con los celebres poetas de la revolución, todos nutridos por la gracia sutil, metafórica y fosforescente del romancero, con Federico García Lorca, Rafael Alberti o Miguel Hernández, para nombrar a tres de sus más característicos representantes.

Este libro manuscrito por Mauricio Amster es un regalo para los ojos y para el corazón. "Diez romances de amor" nos lleva a gozar de nuevo con esta poesía sutil que se arremolina en rededor de nosotros como una brisa suave, empujada por la rosa de los vientos de una primavera que siendo lejana, revive junto a nosotros con una fuerza nueva, aunque bellamente antigua.